

Fecha 04.01.2010	Sección Opinión	Página 2
----------------------------	---------------------------	--------------------



Cavilaciones bicentenarias

En su cavilación sobre las guerras napoleónicas, Tolstoi dice que los grandes hombres no son los creadores de la historia, sino etiquetas que usamos para identificar movimientos de los pueblos que en el fondo no entendemos.

Napoleón no hace la historia, sigue Tolstoi, simplemente le da nombre a la oscura apetencia de los pueblos de moverse y arrasar lo que encuentran a su paso, primero del Oeste al Este, después del Este al Oeste, incurriendo en crímenes que nadie puede justificar, pero que el espíritu de la época ve como lógicos, naturales, incluso civilizatorios.

Los años conmemorativos de la historia son también etiquetas, números que cifran procesos complejos cuya corriente subterránea no sabemos ver sino cuando muestran en la superficie su larga cola y sus resoplidos de ballena. En el océano de la historia todos somos barcos frágiles, sujetos al vaivén de las aguas profundas, y de lo que emerge de ellas.

La historia necesita años canónicos para expresar quiebres, términos o inicios, lo contrario del flujo denso, titubeante, ajeno al calendario, que es la materia profunda de la historia. Pero los años canónicos resumen y rezuman historia.

Para los mexicanos se cumplirán 200 años de Independencia y cien años de Revolución.

Desde estas etiquetas conmemorativas, la historia nos mira con ojos enigmáticos.

En realidad, nosotros la miramos a ella: la interrogamos. Queremos que responda nuestras preguntas como si fuera una pitonisa y hubiera en ella un saber ajeno, superior al nuestro.

Pero la historia no es una pitonisa ni tiene un puesto para responder preguntas. Es una piedra de memorias donde los pueblos leen no lo que la piedra dice, pues dice demasiadas cosas, sino lo que ellos necesitan leer para seguir su vida.

La piedra sólo le habla claro a quien sabe preguntar y sólo pregunta bien quien, de algún modo tentaleante, histórico, ha dado ya con la respuesta.

Nuestra historia conmemorativa sólo responderá lo que le preguntemos. Podrá decirnos que somos un país sin futuro o uno en construcción, que nuestros males no tienen remedio o que empezamos a remediarlos.

Siento el ánimo nacional poco dispuesto para hacer las preguntas correctas: obsesionado con los rasgos débiles de su presente, sin tolerancia para sus males, con una cabeza robusta para exigir y débil para imaginar lo que quiere; una impaciencia ajena, en su prisa, a los ritmos largos de la historia, que se mueve como una plaga o como un cardumen, más que como una fecha o una batalla. ■■

acamin@milenio.com

